

CONTACTO EN ROSWELL

Rancho de los Brazel, Roswell, Nuevo México, 2 de julio de 1947.

El granjero William Brazel observaba con talante preocupado la tormenta que se estaba formando en el horizonte. Temía al granizo de verano, cuyo tamaño podía poner en peligro la vida de sus ovejas. Una racha de viento frío le hizo estremecerse. Había en el aire algo sumamente raro, incomprensible, casi sobrenatural. El viento aullaba con fuerza, esparciendo el aroma de la dehesa, a salvia y polvo. La tormenta se acercaba lentamente, como un muro de nubes cabalgando sobre un bosque de rayos. Imaginó la tragedia que se produciría entre las ovejas, apiñadas y nerviosas, lanzándose desenfrenadas hacia las alambradas que bordeaban los pastos, por lo que decidió ensillar su yegua y ayudar en la medida de lo posible al ganado.

Al salir del establo percibió un tenue destello azulado en el horizonte. Algo extraordinario y al mismo tiempo inquietante surcaba el cielo encapotado. Parecía una enorme estrella que flotaba bajo los negros nubarrones. Un hormigueo de desazón empezó a recorrerle el cuerpo, mientras el corazón le latía apresuradamente. Debía serenarse y actuar con calma. Llamó a su esposa y desde el porche le llegó un murmullo de connivencia. Probablemente se trataba de un avión en llamas. El misterioso objeto luminoso se acercaba, emitiendo un agudo silbido. La nave sobrevoló la granja describiendo una trayectoria parabólica, rozó una colina y se estrelló tras ella con un rumor sordo, produciendo un intenso resplandor. Las gallinas cacarearon, la yegua relinchó, su mujer y los niños gritaron asustados. Y de repente, todo fue silencio.

Animado por la noble intención de ayudar a los posibles supervivientes, Will se echó el impermeable sobre los hombros y montó en la yegua. A la luz de los relámpagos y bajo una intensa cortina de lluvia, cabalgó durante un rato en dirección noroeste y al llegar a la cima de una colina pudo oír claramente el balido de las ovejas a través del retumbar de los truenos y el ulular del

viento. La yegua estaba nerviosa en extremo, como si su instinto quisiera advertirle de algo extraño y peligroso. Siguió avanzando.

Después de echar un vistazo a las ovejas apiñadas en el lecho de un arroyo seco y cerciorarse de su seguridad, se dirigió a la parte alta de la meseta y miró a su alrededor. No había vestigios de ninguna catástrofe aérea, ni rastro de algún avión accidentado. Pero en el pastizal colindante un insólito brillo atrajo su atención. Siguió a pie, avanzando a grandes zancadas entre el lodazal. Lo que tenía ante él no era uno, sino miles de trocitos parecidos al papel de estaño utilizado en las cajitas de cigarrillos, diseminados sin orden ni concierto por aquella vasta zona. Era un material raro. Se agachó a recoger una lámina, la inspeccionó a fondo y decidió arrugarla formando una bolita. Inmediatamente el genuino material recuperó su forma original. Al arrojar la delgada lámina cayó planeando, como el suave aleteo de una mariposa. Aquellos restos no se parecían a ningún otro material conocido. Descartó la idea que las Fuerzas Aéreas estuvieran realizando algún experimento secreto en sus tierras, puesto que aquellos fragmentos indestructibles, de aspecto alienígena, resultaban demasiado singulares para ser producto de la mente humana. No sólo estaba confundido, sino que una sensación de inquietud empezaba a invadirle al sospechar que probablemente se enfrentaba a un enigma procedente de otro mundo.

El lejano balido de las ovejas se entremezclaba con un ruido extraño, que el granjero no supo identificar a pesar de su larga experiencia. Había vivido en aquellos áridos parajes durante toda su vida y jamás había escuchado nada parecido. Evidentemente no se trataba de ningún búho, coyote, tejón, mapache, puma o de otra fiera conocida. Se alegró de haber tenido la precaución de coger la escopeta y algunas balas. Era una mezcla de gemido y alarido, pero ningún hombre herido, ni siquiera sufriendo quemaduras de consideración, emitiría sonidos semejantes. Sin embargo, estaba convencido que se hallaba ante los agonizantes estertores de un ser moribundo. Avergonzado de vacilar ante tan dramática situación, se

sobrepuso a sus atávicos temores y siguió adelante, caminando con cuidado entre los restos de aquella brillante sustancia. Entonces atisbó el OVNI. El platillo volante había chocado de frente, dejando una huella en el suelo de unos veinte metros. Caminó a su alrededor buscando una entrada. En la parte inferior de la nave espacial existía una escotilla demasiado estrecha. En la zona trasera, entre las planchas desgarradas y retorcidas, encontró un agujero de unos dos metros producto de la explosión. Se armó de valor y penetró en su interior. Dentro estaba todo a oscuras, había fragmentos de madera y trozos de metal esparcidos por doquier. El resto parecía intacto. El suelo era negro y brillante. Las ovaladas paredes estaban recubiertas por aquella liviana pero resistente sustancia plateada confundida erróneamente con papel de estaño. En la parte delantera, a la que se accedía cruzando un marco de madera, decorado con primulas amarillas en relieve, había tres asientos anatómicos frente a un pequeño tablero de mandos de increíble sencillez, sobre el que se abrían dos ventanillas en forma de media luna. Salió de nuevo al exterior y un poco más alejado, vio un cuerpo que yacía inmóvil tendido en el barro. Lo examinó con atención a la luz mortecina de su linterna. A juzgar por sus rasgos físicos, se hallaba ante un ser extraterrestre con vaga apariencia humanoide. Reprimiendo las náuseas producidas por un fétido hedor, se acercó un poco más. La piel grisácea lo hacía aún más repugnante.

Cuando el granjero iba a tocarlo, aquel ser dijo:

-¿Es que no has visto nunca un ganimediano? ¿Piensas seguir mirando como un pasmarote o vas a ayudarme?

A "Mac" casi le dio un infarto. Del susto se desmayó.

Entonces la yegua apareció en aquella estrambótica escena.

-Vaya, vaya. ¡Por fin habéis llegado, eh! -comentó con ironía.

-¡Venusianos! -exclamó el ladino alienígena azorado-. ¿Qué hacéis vosotros en este planeta de segunda?

-Llevamos aquí dieciséis ciclos solares o como dicen los terrícolas "un par de siglos".

-Debes saber que nuestra nave nodriza permanece estacionada en la cara oculta de la Luna. ¡No intentéis nada contra mí u os arrepentiréis! -dijo amedrentado el ser gris a la yegua.

-No seas tan bravucón, ganimediano. De hecho en este planeta hay otras razas alienígenas. La mitad del gobierno de Estados Unidos son marcianos infiltrados. También hay una región llamada España gobernada por un tal Franco, un detritus intergaláctico rigeliano, disfrazado de hombre de bien. ¡Llegáis demasiado tarde!

-Comunicaré a mis superiores que este planeta ya está siendo colonizado. ¡Gracias por tu información, venusiano! ¡Hasta la vista! -expuso el ganimediano haciendo el típico gesto de despedida estelar (para quien no lo sepa, es ponerse los dedos a la nariz, sacar una especie de sustancia viscosa y después chuparse el dedo para ingerirla vía oral).

-¡Adiós! Probad en Plutón. No os costará nada colonizarlo pues está deshabitado -se despidió el avisado venusiano disfrazado de caballo mientras se ponía a dos patas.

Así pues, el alienígena gris, muy desilusionado, se dirigió hacia los restos de la nave y tocó varios símbolos. El ser, al comprobar que el accidente había dejado inoperativo su vehículo estelar, cogió una especie de lata de aquel material tan extraño y se lo puso junto a la oreja.

-¡Suerte de los móviles! Estos terrícolas todavía no saben qué son, pero cuando lo descubran alucinarán con el invento -murmuró el ganimediano-. ¿Nave nodriza? Soy Berazorr. He tenido un accidente y mientras me recuperaba del golpe me he topado con un terrícola. He tratado de mantener una entrevista con él, pero se ha desmayado del susto. Sin embargo he descubierto que los venusianos, los marcianos y otras razas alienígenas ya se han infiltrado en el planeta... ¿Qué? ¿Que os marcháis enseguida hacia Plutón...? ¿Pero y yo...? ¡Nave nodriza! Nave...!